

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

La oración en la liturgia (1)

26 de septiembre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Durante estos meses hemos recorrido un camino a la luz de la Palabra de Dios para aprender a rezar de un modo cada vez más auténtico, mirando algunas figuras del Antiguo Testamento, los Salmos, las Cartas de san Pablo y el Apocalipsis, pero mirando sobre todo la experiencia única y fundamental de Jesús, en su relación con el Padre celestial. En realidad, solo en Cristo el hombre es capaz de unirse a Dios con la profundidad y la intimidad de un hijo con respecto a un padre que lo ama; solo en Él podemos dirigirnos con toda verdad a Dios llamándolo con afecto «*iAbbá! iPadre!*». Como los Apóstoles, también nosotros hemos repetido durante estas semanas y repetimos hoy a Jesús: «*Señor, enséñanos a orar*» (Lc 11,1).

Además, para aprender a vivir aún más intensamente la relación personal con Dios, hemos aprendido a invocar al Espíritu Santo, primer don del Resucitado a los creyentes, porque es Él quien «*acude en ayuda de nuestra debilidad, pues nosotros no sabemos pedir como conviene*» (Rm 8,26), dice san Pablo; y nosotros sabemos que tiene razón.

En este punto, después de una larga serie de catequesis sobre la oración en la Escritura, podemos preguntarnos: ¿cómo puedo dejarme formar por el Espíritu Santo, y así llegar a ser capaz de entrar

fuera el primer resultado de la asamblea conciliar, tal vez fue considerado por algunos una casualidad. Entre tantos proyectos, el texto sobre la sagrada liturgia pareció ser el menos controvertido, y, precisamente por eso, capaz de constituir una especie de ejercicio para comprender la metodología del trabajo conciliar. Pero sin ninguna duda, lo que a primera vista puede parecer una casualidad, se demostró la elección más justa, incluso a partir de la jerarquía de los temas y de las tareas más importantes de la Iglesia. En efecto, comenzando con el tema de la "liturgia", el Concilio destacó muy claramente la primacía de Dios, su prioridad absoluta. Dios ante todo: precisamente esto nos dice la elección conciliar de partir de la liturgia. Donde la mirada sobre Dios no es determinante, todo lo demás pierde su orientación. El criterio fundamental de la liturgia es su orientación a Dios, para poder así participar en su misma obra.

Sin embargo, podemos preguntarnos: ¿cuál es esta obra de Dios en la que estamos llamados a participar? La respuesta que nos ofrece la Constitución conciliar sobre la sagrada liturgia es aparentemente doble. En el n. 5 nos indica, en efecto, que la obra de Dios son sus acciones históricas que nos traen la salvación, culminante en la muerte y resurrección de Jesucristo; pero en el n. 7, la misma Constitución define precisamente la celebración de la liturgia como «obra de Cristo». En realidad, estos dos significados están inseparablemente relacionados. Si nos preguntamos quién salva al mundo y al hombre, la única respuesta es: Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, crucificado y resucitado. Y, ¿dónde se hace actual para nosotros, para mí, hoy, el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, que trae la salvación? La respuesta es: en la acción de Cristo a través de la Iglesia, en la liturgia, y en especial en el sacramento de la Eucaristía, que hace presente la ofrenda sacrificial del Hijo de Dios, que nos redimió; en el sacramento de la Reconciliación, donde se pasa de la muerte del pecado a la vida nueva; y en los demás actos sacramentales que nos santifican (cf. *Presbyterorum ordinis*, 5). Así, el misterio pascual de la muerte y resurrección de Cristo es el centro de la Teología litúrgica del Concilio.

Demos otro paso hacia adelante y preguntémonos: ¿de qué modo se hace posible esta actualización del misterio pascual de Cristo? El beato papa Juan Pablo II, a los 25 años de la Constitución *Sacrosanctum concilium*, escribió: «Para actualizar su misterio pascual, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en las acciones litúrgicas. La liturgia es, por consiguiente, el lugar privilegiado de encuentro de los cristianos con Dios y con quien Él envió, Jesucristo (cf. *In 17 3*)» (*Vicesimus quintus annus*, 7). En la

Cuando vivimos la liturgia con esta actitud de fondo, nuestro corazón está como apartado de la fuerza de gravedad, que lo atrae hacia abajo, y se eleva interiormente hacia lo alto, hacia la verdad, hacia el amor, hacia Dios. Como recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «*La misión de Cristo y del Espíritu Santo, que, en la liturgia sacramental de la Iglesia, anuncia, actualiza y comunica el misterio de la salvación, continúa en el corazón que ora. Los padres espirituales comparan a veces el corazón con un altar*» (n. 2655): *altare Dei est cor nostrum*.

Queridos amigos, solo celebramos y vivimos bien la liturgia si permanecemos en actitud orante; no si queremos "hacer algo", hacernos ver o actuar, sino si orientamos nuestro corazón a Dios y estamos en actitud de oración, uniéndonos al misterio de Cristo y a su diálogo de Hijo con el Padre. Dios mismo nos enseña a rezar, afirma san Pablo (cf. Rm 8,26). Él mismo nos ha dado las palabras adecuadas para dirigirnos a Él, palabras que encontramos en el Salterio, en las grandes oraciones de la sagrada liturgia y en la misma celebración eucarística. Pidamos al Señor ser cada día más conscientes del hecho de que la liturgia es acción de Dios y del hombre; oración que brota del Espíritu Santo y de nosotros, totalmente dirigida al Padre, en unión con el Hijo de Dios hecho hombre (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2564). Gracias.

(**Saludo** a los peregrinos de lengua española y al presidente de la Cámara de Diputados de Chile, Nicolás Monckeberg Díaz, acompañado de un grupo de parlamentarios)